

Ulises, mi amor

R. B. S. Candelas

Ulises, mi amor

Ramón Candelas Pérez
Ulises, mi amor

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. Nº 01-2016-410.

- © Ramón Candelas Pérez, 2015
- © De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2018
- © De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2018

Ilustración de portada:
Fragmento de *Ulysses*
Tipografía: Veteran Typewriter, por Magique Fonts

Primera edición, agosto de 2018. R 1.4
ISBN: 9781717983039

Más información sobre el autor y su obra en:

 www.rbscandelas.es

 @RBS_Candelas

 RBS Candelas

A mis padres.
A quién si no.

«The publisher asks the reader's indulgence for typographical errors unavoidable in the exceptional circumstances.

S. B.».

Nota de la editora, Sylvia Beach,
a la primera edición de *Ulises*.

«Es algo completamente nuevo. No es lo que ve el ojo ni lo que oye la oreja, sino lo que piensa e imagina la mente al divagar continuamente. Ha logrado, desde luego, superar en intensidad a todos los novelistas de nuestra época».

Comentario de William B. Yeats sobre *Ulises*.

Extraído de *James Joyce*,
biografía por Richard Ellmann.

«Es absurdo imaginar que puede obtenerse alguna finalidad interesante registrando todos los pensamientos y sensaciones de un ser humano. Eso no es arte, es como tratar de copiar la guía telefónica de Londres».

Comentario de George A. Moore sobre *Ulises*.

Extraído de *James Joyce*,
biografía por Richard Ellmann.

Primera parte

*Cuéntame, Musa, la historia del hombre de muchos senderos,
que anduvo errante muy mucho después de Troya sagrada asolar;
vio muchas ciudades de hombres y conoció su talante,
y dolores sufrió sin cuento en el mar tratando
de asegurar su vida y el retorno de sus compañeros.
Mas no consiguió salvarlos, con mucho quererlo,
pues de su propia insensatez sucumbieron víctimas;
¡locos!, de Hiperión Helios las vacas comieron,
y en tal punto acabó para ellos el día del retorno.*

Homero. *Odisea.*

Almoraima, costa de Almería. Octubre de 2007.

En el Virgen de Agosto la llamaban la Polaca, por más que fuese de madre cubana y padre ucraniano. Malentendido, ignorancia o quizá simple retranca, bastaron pocas semanas para que el mote se generalizase desde las aulas hasta la sala de profesores. El caso es que, en su primer destino tras una brillante oposición, Katia Méndez era la típica profesora guapa y esbelta a quien las alumnas admiran y de quien los alumnos, fogosos novillos rebosantes de testosterona, se enamoran.

Alto, tirando a larguirucho, de cabello ligeramente ondulado, cejas pobladas y cutis aniñado, Francisco Pereda era uno de aquellos adolescentes enamoradizos. Notable estudiante de primero de bachillerato, de los de opción a Matrícula y declarada vocación universitaria, Fran nunca había pecado de atolondrado, sin embargo. Ni siquiera se dejó llevar por un mal disimulado éxtasis, como hicieron otros compañeros de clase, cuando la nueva profesora de Lengua y Literatura lo convirtió en víctima propiciatoria de su exótica belleza. Antes al contrario, sabedor de las nulas posibilidades que su franca inferioridad le otorgaba —nueve años de madurez y experiencias vitales se le antojaban mucha ventaja—, el muchacho planificó con rigurosa meticulosidad una estrategia de acercamiento adulta, sensible, intelectual.

Un plan a la altura de su objetivo.

La oportunidad de ponerlo en práctica no llegó hasta un lunes de mediados de octubre. Era un día claro, luminoso, y la buena temperatura invitaba más a remolonear en la calle que a encerrarse en las aulas. Fran, cosa infrecuente, apareció a media mañana por el bar Bahía, cantina oficiosa del instituto frontero. Venía dispuesto a darse, a costa de las vueltas de un recado dominical no reintegradas a su madre, un homenaje en forma de bocadillo de atún con anchoas, su favorito. Si la casualidad le puso en bandeja que la Polaca se hallase tomando café en la barra, en amena charla con Marga Regueiros, una veterana compañera de departamento, de ley es re-

conocer que el resto se lo trabajó él a conciencia. Pasó ante ellas, saludó amablemente y tomó asiento, espalda con espalda, junto a su amor platónico. El inocente, casual gesto de cubrir con su cazadora un libro que descansaba sobre el mostrador de cinc, junto al bolso de la profesora, fue de todo menos casual e inocente. Cuestión de reflejos. Para mayor disimulo, Fran desparramó sobre cazadora y cinc sus apuntes y simuló concentrarse de lleno en la situación lingüística de España y en su bocadillo, sin que ello le impidiera perderse una sílaba de la vecina conversación.

Al filo del fin del recreo, a punto de entrar en acción la detestable sirena, la Polaca recuperó su bolso, pagó los cafés y lanzó una mirada comprensiva a su alumno.

—Ánimo, Francisco, ya verás como el control está chupado —le sonrió, afectuosa.

Le sonrieron sus labios carnosos, latinos, en una boca amplia; sus ojos azules, eslavos, en una tez atezada; su nariz recta, levemente huesuda, levemente respingona. Hasta su cabello muy rubio, muy liso, muy largo, pareció sonreírle. Él devolvió el gesto, asintió, tragó saliva y se quedó callado, viendo cómo ambas mujeres se alejaban, enojado consigo mismo por no haber tenido una frase ingeniosa, o digna, a tono con la situación. Luego aguardó a que desaparecieran tras la valla del Virgen de Agosto y recogió los apuntes, envolvió bien el libro en la cazadora y lo guardó todo con sumo cuidado en su mochila.

Los cinco minutos de pausa entre la clase de Historia y la de Filosofía los pasó Fran encerrado en un retrete. Sentado sobre la tapa, desenvolvió el libro ajeno para echarle un vistazo. Era un ejemplar de bolsillo bastante voluminoso, primorosamente forrado con un papel estampado de cachemir. De sus páginas asomaban numerosas tiras de papel coloreado, a modo de marcadores numerados a mano. El joven lo acercó a su nariz, esperando, quién sabe, descubrir un sutil perfume que le hablase de su amada. El libro, sin embargo, no olía sino a papel manoseado, así que decidió pasar a la siguiente fase: la de abrirlo con veneración.

Había un prólogo extenso, del tipo de los que solo se encuentran en las novelas clásicas y que uno nunca lee: casi doscientas páginas de texto erudito, profusamente subrayado en colores fluorescentes. Los márgenes estaban repletos de notas y comenta-

rios a lápiz o a bolígrafo. Fran se deleitó unos instantes con aquella pulcra, envidiable caligrafía monjil, sin que lo escrito —fechas, nombres, lugares, referencias bibliográficas— le dijese gran cosa. Un libro de estudio, de trabajo, ad hoc para una profesora de Literatura. Quizá ella escribía una tesis sobre el mismo, quizá planeaba que sus alumnos lo estudiaran más adelante, o quizá —el muchacho sintió una revelación— era una mina de textos para comentar, de los que luego caen en Selectividad. Animado ante tal perspectiva, escogió una página al azar.

Ineluctable modalidad de lo visible: al menos eso si no más, pensado con los ojos. Marcas de todas las cosas estoy aquí para leer, freza marina y ova marina, la marea que se acerca, esa bota herrumbrosa. Verdemoco, plati azulado, herrumbre: signos coloreados. Límites de lo diáfano. Pero añade: en los cuerpos. Luego se percató de aquesos cuerpos antes que de aquesos coloreados. ¿Cómo? Dándose coscorriones contra ellos, seguro. Tranquilo. Calvo era y millonario, maestro di color che sanno. Límite de lo diáfano en. ¿Por qué en? Diáfano, adiáfano. Si puedes meter los cinco dedos es una cancela, si no una puerta. Cierra los ojos y ve.

Anonadado, Fran cerró el libro de golpe. De toda la parrafada solo creía haber entendido lo de la cancela, y ni siquiera de eso estaba seguro. Como para comentarlo.

¡Joder con la Polaca!

..*

La esperó en el aparcamiento del Instituto al acabar las clases. Sabía —la había espiado— que Katia vivía en una casa en las afueras, por la carretera de la costa, y que venía a clase en un baqueteado *Volkswagen Passat* ranchera. En Almoraima era frecuente, durante el curso, que los profesores alquilasen a buen precio chaletitos que luego, en verano, eran ocupados por sus propietarios de Madrid o de Almería capital. Cuando la de Literatura vio al joven, mochila al hombro y de pie junto a su *Passat*, se le iluminó el rostro.

—Lo tienes tú, ¿verdad?... ¡Dime que lo tienes tú!

Fran sonrió en inequívoca respuesta, antes de tenderle el vo-

lumen forrado con dibujos de cachemir.

—Estaba en... Te lo dejaste en el Bahía.

La Polaca suspiró, aliviada.

—¡Qué susto me he llevado! He vuelto antes al bar en su busca, pero no me han sabido decir nada. Luego he pensado que quizá tú te habrías dado cuenta. No sabes cuánto te lo agradezco... Este libro es muy importante para mí.

Ella estrechó el libro contra su pecho, lo que acentuó el relieve de sus senos bajo el delgado jersey de lana. Él tuvo que esforzarse para adoptar su aire más ingenuo.

—¿Es una novela? —se interesó.

—¿El *Ulises*? —La profesora dudó un instante—. Hum... Técnicamente sí, pero es mucho más que eso. Verás, podría decirse que hay dos tipos de novela: el *Ulises* de James Joyce, por un lado, y todas las demás, por otro.

Eso le cuadraba a Fran con lo poco que había tenido ocasión de leer.

—Vaya, así que es un libro especial.

—Mucho.

—¿También para ti? —se interesó—. Quiero decir... Parecías bastante preocupada por él.

—Eso es porque está lleno de anotaciones mías: llevo un año trabajando sobre este ejemplar. ¡Imagínate si lo pierdo!

El muchacho lanzó un silbido de admiración.

—¿Qué haces?, ¿escribes una tesis o algo así?

Ella adoptó cierto aire de misterio. Sus labios sensuales se fruncieron en lo que al muchacho se le antojó sublime gesto.

—Algo así. Bueno, Francisco, pues muchas gracias...

—Todo el mundo me llama Fran.

—Vale, Fran; pues eso, que muchas gracias.

Parecía que la conversación no daba más de sí, pero él todavía tenía un par de cartuchos en la recámara. El primero, de fogeo.

—Entonces ¿me lo recomiendas? —preguntó, inocente.

Una carcajada cristalina regaló sus oídos. Le pareció doloroso estar tan cerca de tanta perfección inalcanzable.

—¡No, por Dios, ja, ja!... Te resultaría... Ejem, no sé cómo expresarlo...

Fran se dio cuenta de que la profesora no quería decirle a las claras que no entendería ni pijo.

—... Frustrante, puede que sea la palabra. Mira, digamos que, si te sigue interesando la literatura, deberías leerlo hacia los treinta. Ese podría ser un buen objetivo.

El segundo cartucho llevaba tiempo en la recámara, aguardando su oportunidad. Pero este venía cargado con bala.

—Supongo que me seguirá interesando —dijo él. Y añadió, humilde—. Estoy escribiendo una novela, ¿sabes?

Katia se puso seria. Sorprendida.

—Vaya. Eso es magnífico, Fran. ¿La tienes muy avanzada?

—Pche. Un poco —mintió el muchacho—, aunque nadie lo sabe. Y te ruego que no digas nada en clase. Imagínate el cachondeo...

—Descuida, será nuestro secreto —aseguró ella, cómplice.

«Bien. Eso facilitará las cosas», se dijo él. Y ahora... Era ahora o nunca.

—He pensado que, quizá más adelante, podrías echarle un vistazo y darme tu opinión.

—Por supuesto, lo haré encantada. Pero ojo: escribir es adictivo; no vayas por ello a descuidar tus estudios, je...

Se despidieron con un franco apretón de manos. Un contacto que, a pesar de su tibieza, calentaría durante un tiempo la imaginación del joven. Luego Katia Méndez subió a su coche, arrancó, bajó la ventanilla y saludó una vez más.

—Gracias de nuevo por el libro.

Él todavía alcanzó a robarle una última sonrisa.

—Pero tú no tienes treinta, ¿no?

..*

Aquella misma tarde, Fran se pasó por la biblioteca municipal. *Dublíneses, Exiliados, Retrato del artista adolescente...* No le costó encontrar un ejemplar del *Ulises* junto a otras obras de Joyce. Lo tomó en sus manos con reverencia, lo sopesó, lo examinó y lo olfateó con aires de experto librero. Parecía una edición diferente a la de Katia. Advirtió que estaba impecable: las tapas relucientes ignoraban el manoseo de los lectores, el apresto del papel hacía que se resistiera a ser hojeado, y de su interior todavía emanaba un acre olor a tinta. En comparación con los gastados lomos de otros libros cercanos, podía afirmarse que el del irlandés no figuraba entre los

best seller de Almoraima.

Determinado a comprobar por sí mismo por qué Katia había tratado a aquel libro de singularidad en el universo de las novelas, el joven se sentó en una mesa vacía —casi todas lo estaban, salvo un par de ellas en las que unos jubilados leían la prensa— y, saltándose la introducción, tan extensa como en la otra versión, buscó la primera página del primer capítulo.

Solemne, el rollizo Buck Mulligan avanzó desde la salida de la escalera, llevando un cuenco de espuma de jabón, y encima, cruzados, un espejo y una navaja. La suave brisa de la mañana le sostenía levemente en alto, detrás de él, la bata amarilla, descendida. Elevó en el aire el cuenco y entonó:

—Introibo ad altare Dei...

Media hora después, Fran, que para su edad se tenía por leído, se rendía tras no haber entendido gran cosa de la primera media docena de páginas. Que conste que, si Katia Méndez hubiera sido devota de Balzac, se habría embarcado sin dudarle en la lectura de los dieciocho volúmenes de *La comedia humana*. Cualquier cosa con tal de deslumbrarla, según el plan que se había impuesto. Pero en aquel instante la empresa del *Ulises* se le antojó más ardua incluso. Desalentado, decidió sumergirse en la lectura del prólogo. Por cambiar de estrategia.

Aprendió que James Joyce, nacido en Dublín en 1882, había comenzado a dar forma a *Ulises* a los treinta y dos años de edad, y que este le había llevado siete años de su vida, entre 1914 y 1921. Poco, en comparación con lo que le costaría editarlo en el mundo anglosajón: sendos intentos, cuando todavía se hallaba inconcluso, de publicarlo por capítulos en una revista inglesa y en otra estadounidense, acabarían en acusaciones de obscenidad y en veredictos de prohibición y quema de ejemplares. Tuvo que ser en el París de las modernas Luces, el de Hemingway, Faulkner, Proust y Scott Fitzgerald, donde en 1922 vería la luz la primera edición de la obra completa. Y no sería hasta 1933 que el libro fue admitido en los Estados Unidos; y hasta el 36, en Inglaterra.

Aquello comenzaba a ponerse interesante: una obra magna, escrita a caballo entre Trieste, Zúrich y París; una supuesta vinculación, sugerida por el autor, con los personajes y episodios de la *Odisea*, pero que no se evidencia en ningún lugar del texto —Fran

se tomó la molestia de buscar la obra de Homero para cotejarlas, sin sacar nada en claro—; una acción que se desarrolla en menos de veinticuatro horas, a pesar de extenderse a lo largo de más de setecientas páginas en el original en inglés —ochocientas setenta y cinco en la traducción al español que tenía en sus manos—; dieciocho capítulos narrados con diferentes técnicas, voces y puntos de vista, el último de ellos un interminable soliloquio formado exactamente por ocho frases, redactadas sin signos de puntuación. El muchacho contó las páginas para dar crédito al comentario del prologuista: cincuenta y seis. Eso salía a una media de... ¿siete páginas por frase? ¡La madre que parió al irlandés!

Intrigado, Fran sacó un cuaderno de su mochila y comenzó a anotar los interrogantes que se le iban suscitando. A saber:

¿Por qué Joyce hizo un esquema simbólico —resumen-clave-esqueleto-esquema, lo llamó— para la interpretación del libro según la Odisea, que distribuyó a algunos amigos bajo promesa de no divulgarlo?

¿Por qué, si la narración se desarrolla ininterrumpidamente desde las ocho de la mañana hasta las tres de la madrugada siguiente, omitió lo que sucede entre las diez y las once de la mañana y entre las seis y las ocho de la tarde?

¿Por qué dieciocho capítulos, cuando la Odisea consta de veinticuatro cantos? ¿Acaso Joyce se quedó a medias?

¿Por qué ni siquiera numeró los capítulos del libro, e incluso suprimió sus títulos al publicarlo?

¿Por qué dijo haber metido en Ulises «tantos enigmas y rompecabezas que va a mantener ocupados a los profesores durante siglos discutiendo qué es lo que quise realmente decir»?

¿A qué «excepcionales circunstancias» se refería la editora, Sylvia Beach, en la nota que introdujo en la primera edición de Ulises pidiendo indulgencia ante posibles errores tipográficos?

Y una cuestión no menor: si bien el *Ulises* era visto por numerosos críticos como una obra cumbre de la literatura del siglo XX, otros lo consideraban una mera humorada —de setecientas páginas, sea, pero humorada— de su autor. ¿Hacia qué postura decantarse, si el mismo Joyce dijo de su libro que no había en él una sola línea en serio?

¿Quién era, en realidad, James Augustine Joyce? O mejor,

¿qué era? ¿Un superdotado?, ¿un innovador?, ¿un excéntrico?, ¿un payaso?... ¿Todo a la vez?

Fran se sintió mejor después de hacerse estas reflexiones. Ahora comprendía el interés de Katia por aquella prosa poética, absurda, polémica, genial. Una obra de génesis casi tan novelesca como ella misma. En el *Ulises* estaba, sin duda, la clave para convertir su amor platónico en algo más prosaico, más tangible. La cuestión era: ¿merecía la pena el ímprobo esfuerzo que cabía presuponer?

Miró con aprensión a su mochila, cargada de libros de texto y cuadernos de apuntes. Tenía dos años de bachillerato por delante. Con el primero apenas comenzado, quedaba una interminable reahíla de trabajos y exámenes hasta fin de curso. A lo que en segundo se añadiría la Prueba de Acceso a la Universidad, con la inevitable, angustiosa presión que conllevaría. Por un instante se desinfló. Si el bachillerato prometía algo, era ser duro.

Solo cuando recordó las palabras pronunciadas por Katia antes de subir a su coche, aquel «Por supuesto, lo haré encantada», y solo cuando se le reveló aquella sonrisa que no era tanto una sonrisa como la promesa de unos labios carnosos, de unos ojos azules, de una nariz levemente respingona y de un cabello muy rubio, muy liso, muy largo, fue capaz de tomar una determinación. La de dirigirse, libro en mano, al mostrador de préstamos.

—Me lo llevo —dijo al empleado que mascaba chicle mientras leía, para desdoro del templo de la cultura almoraimena, una sobada revista de cotilleo.

Y lo hizo, sin poder imaginar que aquella decisión atropellada, fruto de un cálculo tan interesado como poco objetivo, torcería para siempre el rumbo de su vida.

Se lo llevó.

Dieciocho meses más tarde. Abril de 2009.

Desliza la mujer sus dedos entreabiertos por el cabello húmedo, buscando el hueco de la cintura. La nuca, levemente inclinada, es testigo de cómo unas postreras gotas deslizan entre sus bien dibujados omóplatos, hasta morir bajo el rizado algodón de la toalla. Es el turno del cepillo en movimiento descendente, ascendente. Fascinante cadencia sensual ascendente, descendente. Un destello anaranjado se abre paso entre las nubes muy blancas que tapizan el horizonte por levante. Las pantorrillas, los brazos, los hombros todavía pálidos, secuela del invierno recién amortizado, reciben anhelantes la caricia del astro rey. En la pequeña terraza frente al Mediterráneo, del que divisa una ancha franja azulada entre los pinos desordenados, la mujer cierra los ojos —esto solo se intuye, pues está de espaldas—, inspira hondo, deja resbalar la toalla blanca hasta el suelo con un leve gesto, y separa ligeramente los brazos, las palmas dirigidas hacia delante. Durante breves minutos empapa de tibieza cada centímetro cuadrado de su piel satinada. Y a la par, incluso más que el sol, ilumina la mañana con su pálida desnudez.

Desde su escondrijo, unas tupidas adelfas estratégicamente situadas sobre un ribazo que domina el chalet, el muchacho sigue con mirada atónita y corazón acelerado ese intento íntimo, femenino, de adelantar la parte del ciclo vital que preludia la primavera. Excitado, recorre con sus prismáticos —ha venido preparado— la sensual geometría elíptica de la mujer exótica: elipsoide, seno, teta; hiperboloide, talle, cintura; paraboloides, nalga, culo. Y con mirada lasciva mancilla elipsoide, hiperboloide, paraboloides; seno, talle, nalga; teta, cintura, culo. Con la mirada, sí, aunque podría hacerlo con la mano. Con las dos, de hecho, porque en el colmo de la audacia se ha deslizado hacia ella y ahora está a sus espaldas, embriagado por la fragancia a heno fresco de su piel recién lavada, por el aroma a lavanda silvestre de su cabello, por el hipnótico efecto de sus hoyuelos de Venus. Tal cúmulo de sensaciones provoca en él un natural efecto que se manifiesta en desbocado palpitar entre sus ingles. Al límite de lo humanamente soportable, cobra consciencia

de que el más mínimo movimiento, el más leve roce, provocará el desbordamiento de la naturaleza. ¡Ah, si supiera que ella no iba a despertar de su trance!... Aun así, el joven no puede evitar arriesgarse: la respiración contenida, su mano busca la proximidad del pecho aterciopelado, adopta la forma del níveo elipsoide, se acerca, se acerca más y, llegado al límite en que toda prudencia aconseja la retirada, se acerca todavía más. Es entonces cuando sobreviene la catástrofe.

—¡Fran, despierta! ¿No dijiste que ibas a levantarte pronto para hacer *footing*?... ¡Pues ya son casi las diez!

Un brusco tirón de la colcha. Un súbito gesto a la defensiva. La incontenible riada se produjo, acompañada de una serie de espasmos.

—¿Te encuentras bien, hijo? Tienes una cara...

—Sí, mamá; estoy bien, pero que muy bien —rezongó el joven—. Ahora salgo.

El tiempo que Fran Pereda tardó en ducharse, vestirse, desayunar y salir de casa podría muy bien pasar a los libros de récords, de no ser porque tuvo que inflar una de las ruedas de su bicicleta. Luego, descartado el plan inicial de correr por la carretera de la costa en busca del cruce casual, se dirigió sobre dos ruedas hacia la urbanización donde se hallaba el chaletito alquilado por Katia Méndez, la Polaca. Antes de llegar al desvío, torció por un camino de tierra y se internó en el bosquecillo vecino.

La urbanización Los Molinos se desparramaba en cascada por una ladera que, orientada al mediodía, antaño fuera frondosa pinada. Todavía se apreciaban algunas manchas de verdor: las raquílicas, que señalaban aquí y allá a los pocos árboles respetados por la constructora; y las más extensas, que marcaban los límites de una voraz presión urbanística que nada ni nadie parecía capaz de refrenar hasta hacía bien poco. La urbanización se hallaba semidesierta en aquella época del año, a excepción de una pequeña colonia de jubilados alemanes; los primeros en descubrir, cuando todavía las parcelas se vendían a buen precio, las bondades de la vida apacible y soleada en aquel rincón del Mediterráneo occidental.

Fran dejó su bicicleta apoyada en un tronco y corrió, jadeante, por la alfombra de agujas reseca hasta ganar la linde de la urbanización. El bosque se evidenciaba lleno de vida en una sinfonía de

trinos y algún que otro ulular, pero el muchacho no columbró bicho alguno hasta llegar a su puesto de observación, donde un par de lagartijas se calentaban sobre una roca desnuda. En otros tiempos habría atrapado una de ellas con facilidad, las más de las veces para acabar con solo la cola entre los dedos, pero ahora apenas les prestó atención. Ya no tenía edad, y existían otras prioridades. Sacó unos prismáticos de su mochila y se agazapó entre las adelfas. La casualidad había querido que la villa ocupada por Katia se hallase en el extremo de una calle sin salida, y hacía tiempo que él había descubierto aquel magnífico observatorio, a la sombra de los pinos, desde el que dominaba la terracita y el jardín de la profesora de Lengua.

Este domingo había suerte: la mañana era resplandeciente, primaveral, como en el sueño. La Polaca, que sin duda había ido a correr a primera hora —lo hacía a menudo—, se solazaba en la terraza, como en el sueño también. Bueno, no exactamente igual: vestía *short* vaquero y camiseta rosa de tirantes, y en modo alguno parecía estar pensando en dejarlos caer al suelo. Sobre una mesita auxiliar, una bandeja delataba los restos de un desayuno tardío, gran vaso de té con hielo incluido. En la tumbona contigua, unas piernas largas y bien moldeadas, levemente encogidas, servían de apoyo a un cuaderno en el que, de cuando en cuando, un lápiz mordisqueado anotaba o tachaba frases antes de ser devuelto con mano indolente a la íntima, húmeda caricia de unos labios coralinos. Envidioso del promiscuo pedazo de madera y grafito, el joven estudió con devoción de taxonomista cada una de las categorías de aquella figura más divina que mortal, más celestial que terrena: reino Animal, filo Cordados, clase Mamíferos, orden Primates, familia Homínidos, género homo, especie sapiens, sexo femenino. Categoría Fran Pereda: mujer bellísima; consenso general Instituto de Almoraima: hembra diez. Anotaciones al margen: un ejemplar al que desear, al que amar, al que necesitar. Un ejemplar por el que suspirar, digno de enredarse uno —esto lo había escuchado Fran en un viejo disco de su madre— en su cuello y sus senos. Y de morar allí para siempre.

El febril desvarío del muchacho acabó cortado de cuajo. Como si se supiese víctima de tan peculiar interpretación de Linneo, ofendida tal vez por verse clasificada cual vulgar coleóptero, la profesora se levantó, recogió la bandeja y se dirigió al interior de la casa. Fran apartó los ojos de los gemelos. ¿Eso era todo?... La di-

versión no había durado ni cuatro minutos. ¿Para eso se había dado él la paliza con la bici? Durante un rato no ocurrió nada. Descorazonado, el joven se revolvió entre las adelfas para apartar unas piedras que se le clavaban en el abdomen. Hasta entonces no se había dado cuenta de lo incómodo que estaba. Y ahora, ¿qué?

Consultaba su reloj, pensando en dar por finalizada la aventura, cuando la camiseta rosa le entró por el rabillo del ojo. Su corazón dio un brinco: la profesora volvía a la terraza y tomaba postura de nuevo en la tumbona, asida a su vaso de té y a un taco de folios que, encuadernado con tapas de cartulina anaranjada, Fran reconoció al instante como su manuscrito.

Su manuscrito.

* * *

Mientras Fran olvidaba de nuevo las piedras que laceraban su cuerpo y devoraba con la mirada cada curva y cada ángulo del objeto de su deseo, la divinizada figura abordaba la lectura del borrador en el punto donde, cansada y furiosa consigo misma, lo abandonara la noche anterior.

Conforme entraba de nuevo en la historia, Katia Méndez volvía a notar una ambigua, desconcertante sensación de admiración e impotencia. ¿Cómo era posible que un crío de dieciséis años, casi un imberbe, hubiese ideado aquella trama tan potente? ¿Cómo podía ella haberlo subestimado de tal forma? Y sobre todo, ¿por qué ella, toda una profesora de Lengua y Literatura, con su superior bagaje intelectual y su incuestionable mayor madurez, no era capaz de escribir algo la mitad de bueno? Frustración, esa era la palabra que mejor describía su estado de ánimo. Y rabia; un poquito de rabia por sentirse, en cierto modo, engañada por el caradura de Fran Pereda.

Desde principios del curso anterior, el muchacho había tomado la costumbre de consultarle en privado diversos aspectos, mayormente técnicos, de la novela que supuestamente escribía: que si los personajes, que si los diálogos, que si la estructura, el narrador, el tempo... Ella siempre lo había atendido con su mejor disposición, animada ante la posibilidad de incentivar una vocación literaria —siquiera una, en aquel páramo de las letras que eran sus dos cursos de bachillerato—, aunque más bien convencida de que lo

que él buscaba era una mera excusa para mirarle de cerca el escote.

Al fin y al cabo, era consciente de gustarle al muchacho, como gustaba a otros muchos alumnos que no sabían disimular su azoramiento cuando les hablaba en el aula o se los cruzaba por los pasillos. Peores, por patéticos, eran los profesores que le tiraban los tejos de forma más o menos descarada; pero estos eran fáciles de manejar: el corte que recibían era proporcional a lo desvergonzado del requiebro. Mucho más tacto se requería, en cambio, con los adolescentes, a fin de esquivar malentendidos y evitar herir susceptibilidades. Para empezar, ella nunca iba de mujer fatal. En el Instituto procuraba mostrarse con recato: maquillaje discreto, pantalones largos, prendas holgadas. Nada de minifaldas o escotaduras exageradas que alienasen todavía más las ya de por sí calenturientas mentes de los chavales; o peor aún, que les arrancasen manidas ordinarièces, supuestamente ingenuas y francamente vulgares, al estilo de «Hace un calor... ¡Qué tetorras!» y chabacanerías por el estilo. Como le sucedía a Nati, una menos joven pero más exuberante compañera de Matemáticas a quien tenían frita.

Pues bien, si Katia llegó a pensar que lo de Fran Pereda era un bluf para tirarse el rollo con ella, se equivocaba de medio a medio. El chico se le había presentado el lunes anterior con un tocho de trescientas cincuenta páginas y —eso sabía hacerlo bien, tenía que reconocerlo— su más encantadora sonrisa.

—Aquí lo tienes: mi manuscrito —le anunció, triunfal.

Ella no pudo evitar un mohín de incredulidad.

—¿En serio?... ¿Lo has terminado?

—Eso creo. —La sonrisa se tornó en angelical expresión de inocencia—. Bueno, no sé... A ver qué te parece a ti. Me prometiste leerlo, ¿te acuerdas?

Como para no hacerlo, con la de veces que él se había encargado de recordárselo durante los últimos meses. Katia asintió. Quizá no era el mejor momento, con los exámenes a la vuelta de la esquina, pero... ¡qué diablos!, el muchacho se había esforzado. Y lo que era más importante: confiaba en ella.

Tomó el taco de folios encuadernados. El título impreso en la portada de cartulina le hizo fruncir el ceño: *Ulises, mi amor*.

«¿*Ulises, mi amor*?... ¿De qué vas, Fran Pereda?». La profesora estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Mejor esperar a leerlo...

—Claro que sí —respondió—. Déjame unos días y te digo algo en cuanto pueda. Ah, por cierto..., mejor no se lo comentes a nadie —sonrió—. No me gustaría recibir una avalancha de manuscritos de tus compañeros.

Fran dejó escapar una sonora carcajada. Recibir manuscritos de los compañeros... ¡Vaya ocurrencia!

—Descuida. Seré una tumba —aseguró, cómplice.

Quince páginas después, Katia se revolvió en su hamaca para cambiar de postura, tomó un largo sorbo de té y se masajeó con suavidad piernas y brazos. La tibia caricia del sol le producía una agradable sensación de cosquilleo. Gracias, Señor, por la primavera. Si la temporada seguía así, se dijo complacida, para cuando llegase el verano luciría ya un bronceado aceptable. Pensó que estaría bien ponerse un biquini, pero se sentía abducida por el manuscrito, cuyo desenlace sentía imperiosa necesidad de conocer. Repasó hacia atrás las páginas, en un intento por recapitular. Se dio cuenta de que al principio había marcado a lápiz algunas notas: comentarios al estilo, claroscuros en la narración, algún que otro error de concordancia, un leísmo por aquí, una tilde por allá... Pero eso había durado poco. De forma inconsciente, enseguida había olvidado su condición de lectora crítica y se había lanzado a devorar página tras página sin pestañear.

No era para menos. Fran Pereda había dibujado su historia con unos pocos trazos maestros. Un argumento directo, lineal, inteligente, con un desarrollo clásico, planteado con elegancia: intriga inicial, golpe de efecto, conflicto sobrevenido, y luego un giro inesperado, dos, tres... Sin mafias del Este, conspiraciones nazis, sectas milenarias u otros recursos trillados; sin necesidad de complejos subterfugios espacio-temporales; presentando unas relaciones afectivas del protagonista con el toque justo de sensualidad, que no de sexo gratuito —faltaría más, a su edad—. Y todo ello con un lenguaje culto y conciso, salpicado de diálogos chispeantes y evitando la superflua retórica de la que abusan ciertos *consagrados*. Jopé con el niñato de segundo de bachiller: puede que todavía hubiese allí mucho por pulir, pero había esbozado una novela casi perfecta.

El problema, lo que fastidiaba a la profesora de Lengua hasta el punto de provocar su ira hacia el muchacho, era que la trama giraba en torno al *Ulises* de James Joyce. Y que le había chafado

nada menos que el trabajo de tres años.

Ulises.

Ulysses, en el original.

El inmortal irlandés había logrado lo que parecía imposible: a base de meditar hasta la saciedad, durante siete años seguidos, cada frase, cada palabra y cada signo de puntuación, había conseguido un texto espontáneo, fresco como el pensamiento que mana a borbotones de una mente lúcida. Pues eso era *Ulises*: pensamiento en estado puro. Si para unos la obra resultaba farragosa, pedante, obtusa; si para otros, absurda, grotesca, inconexa, Katia se quedaba entre quienes se rendían ante su espontaneidad y su frescura, ante su demoledora ruptura de los moldes preestablecidos. Para ella, Joyce era a la literatura lo que Picasso a la pintura o Le Corbusier a la arquitectura; y *Ulises*, lo que *Las señoritas de Aviñón* o *Vers une Architecture*.

Enamorada de su prosa, a Katia se le había metido entre ceja y ceja escribir una novela relacionada con el *Ulises* desde que —a regañadientes, todo había que decirlo— entrase en contacto con el mismo para un trabajo de clase en la Facultad. Para alguien con sus ambiciones literarias, la idea pronto se convirtió en un desafío de primera magnitud y en una apuesta por todo lo alto, consciente de que, en caso de hacerlo bien, habría apostado a caballo ganador. Así pues, conforme sus estudios se lo permitían, siguió releendo el libro e investigando en sesudos ensayos y biografías sobre el irlandés. Luego, en cuanto vio encarrilada la licenciatura, se puso manos a la obra. Cuántas cuartillas emborronadas, cuántas noches pasadas en blanco, imaginando escenarios, argumentos, personajes. Hasta aprovechó sus primeras vacaciones tras la carrera para visitar Dublín en busca de inspiración. Todo fue en vano: por más vueltas que le dio, el tema se le resistió, obstinado. Y ahora, sin embargo, ahí tenía la respuesta, ante sus ojos. Era tan obvia, tan fácil... Fran Pereda la había visto enseguida, y se había puesto a escribir sin ser consciente de cuánto humillaba a la persona a quien, probablemente, quería impresionar. Y todo ello, seguro que sin haber leído siquiera el maldito *Ulises*.

Porque era evidente que a principios del curso pasado, cuando le devolvió el libro que ella había olvidado en el Bahía, el muchacho no había oído hablar ni del autor ni de su obra. A pesar

de ello, le había dicho que escribía una novela y que la tenía avanzada. La había engañado, estaba claro: en aquella época Fran Pereda no tenía nada, aparte, probablemente, de muchos pájaros en la cabeza; pero se montó la película con el objeto de impresionarla. Y lo hizo una vez que supo de su interés por la obra de Joyce. Ahora comprendía ella por qué, a pesar de sus numerosas consultas, el joven se había guardado tanto de desvelarle el argumento de su novela.

Katia cerró el manuscrito y lo apoyó sobre sus rodillas, tras haber leído las últimas páginas casi conteniendo la respiración. Suspiró con plácido gesto. Un final redondo. Brillante. Atormentado para el protagonista, amable con el lector; de los que dejan buen sabor de boca. Muy bien; y ahora, ¿qué? Cerró los ojos para mejor sentir la leve brisa de poniente que apenas mecía las agujas de los pinos. Aroma a resina, tomillo y romero. A serranía cercana. Por un momento se dejó arrullar por los ruidos que salían del bosquecillo: el siseo de las ramas, el gorjeo de alegres pájaros no identificados, el graznido de unas gaviotas curiosas.

Y ahora, ¿qué? Si lo que Fran Pereda pretendía era impresionarla, a fe que lo había logrado. Pero ¿y ella?, ¿cómo debía reaccionar? Trató de pensar con ecuanimidad, pero solo consiguió sentirse furiosa de nuevo. Porque ¿qué había hecho ella durante todo este tiempo? Había permanecido en blanco; esa era la ineluctable verdad, por decirlo al modo joyceano. Y mientras veía los días pasar en blanco, aquel niño, aunque de forma inconsciente, le había robado su idea y había pergeñado con ella una historia endiablada y buena. Una historia que, aunque acabase relegada al olvido a causa de una redacción poco experta y de las escasas posibilidades de llegar hoy en día al mercado editorial, dejaría el tema agotado. Imposible escribir nada parecido, en efecto, ante la posibilidad de que un día apareciese un antiguo alumno y la acusase de plagio. Imposible continuar con el proyecto, por tanto. Tres años de trabajo echados a la papelera. Tres años de su vida.

Mierda.

De repente una sombra pasó fugaz ante sus párpados cerrados. Lo suficiente como para provocarle una incómoda reacción. Katia abrió los ojos. No había nada, solo la limpia mañana y la fragancia de los pinos, pero había sentido un escalofrío. Se levantó,

apuró el té y entro en la casa dispuesta a prepararse algo de comer. O quizá lo que necesitaba era una ducha fría. Cualquier cosa con tal de ahuyentar el pensamiento que la había asustado.

* * *

Fran observó cómo la profesora entraba en la casa. Por un momento creyó haberla perdido de nuevo, pero entonces pudo verla en el salón. La estancia disponía de un gran ventanal asomado a la terraza, ante el que la Polaca, con el manuscrito todavía en sus manos, se paró pensativa, mirando hacia la arboleda en que él se ocultaba. El muchacho tuvo el presentimiento de que ella sabía que estaba ahí y de que, al contrario de lo que sería lógico suponer, aquello la complacía. Quizá por ello exhibía una misteriosa media sonrisa que la embellecía hasta extremos inquietantes. Incómodo, se revolvió entre sus adelfas. Las piedras volvían a molestarle en determinadas partes. Aun así, estaría bien que... Por un momento se hizo la ilusión de que ella le iba a dedicar una pequeña exhibición. Algo como quitarse la camiseta lentamente, desabrocharse los *shorts* y dejarlos caer con un sugerente golpe de caderas. Las minúsculas braguitas serían negras, a juego con el sujetador de blonda. Luego se llevaría las manos a la espalda, a la altura de los omóplatos. Él no podría escuchar el clic, pero vería los tirantes deslizar por los hombros, remolones, hasta que las copas cayesen para desvelar los paraboloides níveos, tersos, prohibidos, que tanto sufrimiento —que tanto placer— le habían provocado por la mañana.

Imaginaciones. Todo eso no ocurrió, por supuesto. En su lugar, el semblante de la profesora de Lengua se tornó en expresión de disgusto, y un gran estor cayó de golpe a todo lo largo del ventanal. La función había terminado.

* * *

Katia optó por una ducha purificadora que la liberase de pensamientos inconfesables. Arrojó el manuscrito sobre un sillón, dispuesto a olvidarlo, pero el tocho reboto y cayó al suelo, abierto sobre sus tapas anaranjadas. Le pareció que se reía de ella, y la sombra volvió a oscurecer su mente: aquel borrador, tratado con manos expertas, sería una bomba. Una historia por la que un escri-

tor en blanco podría matar.
Podría matar.

Madrid, septiembre de 2014.

Mi paso por la Universidad Juan Ramón Jiménez fue un puro desastre. Se podrá pensar, a la vista de mis limitaciones, que yo no estaba preparado para tal desafío; pero permítaseme discrepar: yo creo que era la Universidad la que no estaba preparada para alguien como yo.

La Juan Ramón Jiménez —la *Juanrra* para todo el mundo, a pesar de los denodados esfuerzos del equipo rectoral para que se emplease la denominación íntegra— era una de tantas universidades surgidas en España durante la década de los 90, al amparo del bum económico. Bien cebada con el abundante maná que instituciones públicas y financieras obtenían del negocio inmobiliario, la *Juanrra* había sido dotada de un bonito campus en la zona Norte de Madrid, donde vistosos edificios de cristal, diseñados por un arquitecto de relumbrón a costa de cheques con una cantidad indecente de ceros, se diseminaban entre amplios espacios abiertos de cuidado césped, jalonados aquí y allá por fontanas, umbrías y demás sitios de encuentro al aire libre. Todo ello en el marco incomparable de la dehesa madrileña, con el horizonte majestuoso de la sierra de Guadarrama como telón de fondo. Todo muy moderno, muy chic, muy *fashion*, muy *high-tech*. Muy... ¿Cómo expresarlo mejor? Como de parque tecnológico de la Costa Oeste. La de California, se entiende.

Tanto glamur había decaído bastante para cuando yo me dejé caer por allí. Las fachadas de los edificios presentaban desconchones que el arquitecto estrella no debía de haber previsto, gran parte del mobiliario reclamaba a gritos una renovación, y el césped ya no brillaba lustroso por escasez de mantenimiento. Las vacas gordas del ladrillo, ¡ay!, se habían desinflado, y el presupuesto aportado por los patrocinadores se había encogido cual mascota doméstica que, abandonada a su suerte, espera bajo un alero a que escampe el temporal. En lo que probablemente se había ganado —pero esto no deja de ser, claro, una apreciación mía— era en la animación que, en aquellos días tibios y soleados de finales del

verano, reinaba a la hora del almuerzo sobre la hierba amarillenta, pues alumnos y profesores tiraban más de táper que de comedor.

Pero bueno, ustedes no saben nada de mí. Y sin unas mínimas pinceladas es posible que, por manido, no encuentren gran interés a todo esto que les cuento. Comenzaré de nuevo: me llamo Francisco Pereda Márquez, y en septiembre de 2014 acababa de llegar a Madrid procedente de Almoraima, una pequeña localidad de la costa almeriense donde había pasado mis anteriores veintitrés años de vida. Bueno, eso en teoría; en realidad, los cinco últimos los había malgastado en el limbo.

—¿Cómo te llamas?

Un estudiante de pelo negro lacio, muy largo, y patillas a lo Curro Jiménez se sentó junto a mí en la escalinata de acceso a la Facultad de Letras. Era la pausa de media mañana —entre Historia de España e Idioma moderno I— del primer día de clase, y supongo que se había fijado en mí porque ambos éramos, de largo, los mayores de entre el heterogéneo pelotón de primerizos que acababa de salir del aula.

—Francisco Pereda —respondí, para enseguida rectificar—: Fran, quiero decir.

—Yo soy Carlos. Te he visto un poco despistado ahí dentro. ¿Nuevo?

Carlos no me tendió la mano, sino una cajetilla de *Marlboro*. Agradecí el gesto con una sonrisa y tomé un cigarrillo. Si yo pensaba que en primer curso del Grado en Lengua y Literatura Españolas todo el mundo era nuevo, al parecer estaba equivocado.

—¿Es que tú no lo eres? —pregunté a mi vez, mientras me inclinaba sobre su encendedor desechable y aspiraba una bocanada.

—¡Quia! Yo soy tripitidor: todavía me faltan la mitad de los créditos de primero.

—Vaya —silbé con admiración—, no está mal: treinta créditos en dos años...

Carlos se encogió de hombros, como si su marca personal de incompetencia académica fuese un logro sin importancia.

—Y tú —dijo—, ¿no eres un poco talludito para estar empezando? Seguro que vienes rebotado de Derecho o de alguna facultad de Ciencias.

—En realidad, no —respondí—. Este es mi primer año en la

universidad.

Ante la mirada un tanto extrañada, un tanto incrédula de Carlos, me vi obligado a abundar un poco más en la cuestión. Al fin y al cabo, él era la primera persona que me ofrecía su camaradería, y me daba en la nariz que intimar con los niños de clase no iba a ser una de mis prioridades en Madrid. Bajé la voz para que quedase claro que aquello era una confidencia.

—Verás, a los dieciocho sufrí un accidente; un fuerte golpe en el cráneo, además de unas cuantas fracturas repartidas por todo el cuerpo. Pasé dos semanas en coma, y luego... Trastorno amnésico.

Mi nuevo amigo abrió los ojos como platos.

—¿Amnésico?... ¿Quieres decir que...?

—Que olvidé parte de mi vida. ¿Has visto *A propósito de Henry*?

—¿La de Harrison Ford? ¡No me jodas!... ¿Lo olvidaste todo, *todo*?

Carlos casi había dicho esto último a gritos. La incredulidad, como si estas cosas solo ocurriesen en las películas, era la reacción típica cuando contaba mi caso. Miré a nuestro alrededor, pero la gente que se sentaba aquí y allá no parecía haberse distraído de sus bocatas y sus móviles.

—¡Chist! —Bajé la voz todavía más. No tenía el menor interés en que los niños me mirasen como a un bicho raro—. Bueno, no tanto; no lo de hablar y leer. Olvidé, sobre todo, lo ocurrido durante la época anterior al accidente. Un par de años en blanco, más o menos. Tuve que ir al psicólogo, a fisioterapia y todos esos rollos durante mucho tiempo. Luego tuve que volver a estudiar muchas cosas antes de poder examinarme de Selectividad; y aun así, no saqué más que un cinco pelado. Una putada.

A Carlos se le iluminó la cara.

—¡Hostias, tío, eso es una bomba!... —Se echó hacia atrás las greñas, sobreexcitado. Desde luego, él no me compadecía—. Con esa historia tienes que ligar mogollón, ¿a que sí?

—Pues la verdad, yo no...

—¡Buah!, eso es porque no has probado. Ya verás cómo las gachís se ponen cachondas cuando les cuentas tu vida. Se harán las tiernas, las compasivas, pero lo que en realidad querrán es acostarse contigo. Como si fueras... ¡Joder, tío!, ¿has visto *El caso Bourne*?

¡Como el mismísimo Matt Damon!

Carlos dio una profunda calada para apurar su cigarrillo, que empalmó con otro. Yo rechacé el segundo.

—¿Conoces el Madrid de copas? —se interesó.

—¿Yo? ¡Qué va! Si acabo de llegar hace dos días del pueblo...

Me dio una palmada en el hombro. De las de camaradas de toda la vida.

—No te preocupes, yo te lo enseñaré. Ya verás, Fran: tú y yo vamos a follar como conejos.

Esta vez mi compañero sí me tendió la mano, como si el gesto llevase implícita la constitución de una ventajosa sociedad follatorial. Yo me limité a estrechársela y a sonreír. Qué iba a decir, si ni siquiera estaba seguro de querer descubrir el Madrid *la nuit*. Charlamos unos minutos más antes de irnos cada uno por su lado: yo tenía clase de Inglés; él, de Semántica de segundo, que también repetía.

—Nos vemos —afirmó, más que preguntó.

—Sí, claro; nos vemos luego.

Durante el tiempo que tuve ocasión de cultivar su amistad, Carlos Viña resultó ser un inmejorable colega. Nos cogimos afecto, sobre todo cuando descubrimos que a los dos nos unía, junto a nuestro nulo interés por la Lengua y la Literatura españolas, una misma obsesión enfermiza: la de escribir la novela perfecta.

* * *

Si había una persona que desentonaba en primero de la Facultad —y casi podría decirse que en toda la Juan Ramón Jiménez—, esa era Cristina Vallesol. En el aula, en efecto, se mezclaban diferentes sensibilidades en lo tocante a entender la vida, por más que yo, en mi ingenuidad pueblerina, no viese las diferencias más allá de la indumentaria, el corte de pelo y la cantidad de abalorios que colgaban de las perforaciones faciales. Según me describió Carlos durante una clase de Análisis literario singularmente espesa, un día en que, sentados en la última fila, controlábamos a toda aquella fauna, los compañeros se dividían fundamentalmente en dos familias: pijos y progres. También los había progres-pijos y pijos-

progres, aunque de estos últimos no fue capaz de señalarme ningún ejemplo. Luego había, aunque en menor número, *heavies*, rastafaris y punkis. Y unos con pinta más extravagante si cabe, que parecían sacados de una vieja serie —no recuerdo el nombre— de cuando mis padres eran jóvenes, y que Carlos llamó góticos. Por último estábamos los que, como yo —deportivas discretas, vaquero clásico y camisa polo de centro comercial—, no podíamos ser encuadrados en ninguna de las anteriores categorías, lo cual tendía a convertirnos en los más anodinos de la clase.

Pero Cristina Vallesol se quedaba sola en esta clasificación tribal. Ella era un espécimen único, con su abundante melena oxigenada dividida en moño y flequillo, sus ojos y labios muy enjalbegados con colores casi fosforitos, su inagotable colección de pendientes de aro, sus *tops* hinchidos por los senos abundantes, sus breves minifaldas y su eterna goma de mascar. La Vallesol era, al decir de Carlos, una choni poligonera metida a Letras, y a mi amigo le entraban sudores fríos cada vez que se le cruzaba por delante con sus piernas lustrosas, interminables, en firme equilibrio sobre unos imposibles tacones. Que conste que a mí no me dejaban indiferente aquellas curvas voluptuosas, pero —de nuevo mi mojigatería aldeana— no podía evitar que el aspecto del envoltorio me echase para atrás.

Un día, cuando paseábamos nuestras bandejas por la cantina de la Facultad en busca de una mesa libre, Carlos me hizo una seña.

—Mira, allí está la choni, solita. Vamos a enrollarnos.

Miré hacia el fondo del comedor, donde el inconfundible moño de mechetas rubias destacaba sobre el resto de anónimas cabezas. Su dueña, de espaldas, se mantenía al margen del resto del mundo, algo de lo que yo ya me había percatado. Incluso había presenciado cómo cortaba en seco diversos intentos de aproximación, lo mismo de pijos que de progres, entre clase y clase.

—¿Pero cómo puede gustarte esa tía, con las pintas que lleva? —susurré al oído de mi compañero.

—¡Joer, Fran!, ¿tú has visto qué tetas tiene? —respondió en voz alta sin cortarse un pelo—. ¿Tú las has visto, eh?... Pues eso.

Para cuando quise replicar, Carlos ya era como misil de crucero en pos de su objetivo. Hay que decir en su descargo que, tras nuestro primer encuentro, el par de salidas nocturnas que habíamos efectuado para poner en práctica nuestra alianza se había saldado

con dos cogorzas a favor y cero ligues en contra. Mi amigo había cumplido su parte del trato, enseñándome todo género de locales de copas en el viejo Madrid, así que me sentía en deuda con él. No tuve más remedio que seguir su estela.

—Hola. Soy Carlos, y este es Fran. ¿Podemos sentarnos?

La poligonera detuvo su cuchara cargada de sopa y nos dedicó una mirada glacial. Si no dijo nada fue, probablemente, porque mi compañero ya había tomado asiento frente a ella. *Fait accompli*.

—Estamos en el mismo curso —añadí yo, para de inmediato sentirme estúpido.

Cristina Vallesol parecía un poco mayor que las demás compañeras de clase. Claro, que para estar seguro habría que haberlas comparado al natural, sin el efecto de los cosméticos. Tenía las cejas razonablemente pobladas —yo odiaba que las mujeres se las depilaran en fino trazo, a lo Marlene Dietrich—, por algún motivo más oscuras que el cabello; la nariz, prominente, ligeramente grande, armonizaba con su busto generoso; la mandíbula, angulosa, se resolvía en un mentón bien delineado; y los ojos verdes amarrados eran muy luminosos, muy bonitos. Hay que ver con qué gracejo se levantaron hacia el techo en ostentoso gesto de fastidio.

—Lo sé; sois los abuelos de la clase —se burló, desdeñosa. Luego, tras un sonoro suspiro, añadió—: Soy Cris.

Su aparente resignación hizo que a Carlos le faltase tiempo para animarse y largarle una de las suyas a bocajarro.

—Encantado, Cris. Y tú ¿por qué estás aquí, por la Lengua o por la Literatura?

Gracias a Dios que estábamos en la universidad. En otras circunstancias, lo mismo le podía haber soltado lo de «¿Estudias o trabajas?». Si yo me concentré en mi potaje de garbanzos, desentendiéndome, ella respondió sin parpadear.

—Porque estoy harta de follar con analfabetos. Quiero hacerlo con gente culta, educada.

Noté que me subían los colores como nunca en la vida, pero Carlos mantuvo la compostura. Se encogió de hombros y dijo, muy serio:

—Pues nosotros somos gente culta. —Luego añadió, con retintín—: Y *mu educaos*, ¿verdad, Fran?

Fue entonces cuando, en el colmo del azoramiento, no se me ocurrió otra cosa que balbucir mi frase comodín.

—No me acuerdo.

A la Vallesol, que había reanudado los viajes de su cuchara, se le escapó de la boca un surtidor que puso perdido a Carlos. Los tres nos echamos a reír a carcajada limpia, y desde entonces aquella chica con pinta de choni y cuerpo de quitar el hipo se convirtió, para sorpresa de pijos y envidia de progres —o viceversa—, en inseparable nuestra.

* * *

Choni: mujer de bajo nivel de estudios, asidua de discotecas de barrio o polígono industrial. En general, gran consumidora de tabaco, alcohol e incluso drogas de diversos tipos. Su parla es profusa, estridente y vulgar. A pesar de ello, lee y escribe constantemente en un lenguaje propio en el que escasean las vocales, actividad que realiza siempre a través de su móvil.

Aspecto característico: maquillaje intenso y chillón, con ojos y boca muy perfilados; cabellera muy larga, teñida y con extensiones; pendientes de aro extragrandes, junto con toda la bisutería posible en cuello, muñecas, tobillos, etc.; pírsines a discreción y tatuajes que, por imposible que resulte, pretenden ser de buen gusto. La ropa debe ser preferiblemente ajustada y dejar a la vista la mayor parte de abdomen posible. En cuanto al calzado, lo mismo sirven unas botas de pelo que unas plataformas con tacón, a condición de que sean muy horteras.

La versión televisiva de la choni se ha popularizado mucho, pudiendo ser vista en casi cualquier programa de tipo corazón, cotilleo o reality.

Esto fue lo que escribí, de vuelta en mi pensión de Cuatro Caminos, tras haber buceado en Internet durante un buen rato. Sin embargo, al margen de su aspecto físico, no me parecía que Cristina Vallesol encajase en el estereotipo. Tal como me había parecido, la poligonera no era ninguna pipiola recién salida del instituto, sino que, tras acabar el bachillerato, había trabajado durante tres años en una perfumería de su barrio —donde todavía acudía de refuerzo los sábados—, hasta ahorrar lo suficiente como para pagarse los estudios. Y ahora, con sus veintiuna esplendorosas primaveras, mostraba un deseo inmenso de resarcirse del tiempo perdido. Bastaba observar su comportamiento en clase para comprender que en su

cabeza había algo más que tintes, bisutería y afeites de gusto dudoso: siempre sentada en las primeras filas, concentrada en la pizarra y en sus apuntes; siempre dispuesta a opinar en los debates lanzados al aire por los profesores; y siempre —también en eso nos aventajaba a muchos— con los trabajos para casa entregados a punto.

La Vallesol, nuestra Cris, no tardó en destacar académicamente en medio de aquella fauna heterogénea que formábamos los de primero; yo, en sentirme atraído por la cabeza tan bien amueblada —a años luz de la mía— que se escondía tras su máscara poligona; y Carlos Viña, en enamorarse de ella.

—... Hemos de escribir como Dostoyevski —decía Carlos.

—Sí, y como Tolstoi —apoyaba yo.

—No irás a comparar a Tolstoi con Dostoyevski —se extrañaba Carlos.

—¿Cómo que no? —me extrañaba yo—. ¿Acaso no son los dos grandes maestros de la literatura rusa?

Aquí, él adoptaba un aire de suficiencia. Podía, incluso, dar un trago pausado a su cerveza para imponer solemnidad al momento.

—Perdona —decía—. Dostoyevski es *el* maestro. Es el narrador del pueblo: de sus anhelos, miserias, pasiones y bajezas; el reflejo de la auténtica sociedad rusa; el filósofo de la vida y de la muerte. A Tolstoi, en cambio, solo le interesaban los cotilleos de sus duquesas y príncipes. Eso era, para él, aquello sobre lo que verdaderamente merecía la pena escribir. ¡Bah! —menospreciaba—, Tolstoi era un esnob.

—¿Un esnob? —me indignaba yo—. Pero si escribió un novelón como Ana Karenina.

—Pues eso: cotilleos de aristócratas. Un esnob, lo que yo digo...

Y así podíamos seguir toda la tarde, convencidos de que nuestras novelas no habían de estar —eso sí lo teníamos claro ambos— entre las miles que pasan desapercibidas en los rincones más lóbregos de las librerías, sin haber sido nunca exhibidas en un luminoso escaparate; ni mucho menos estarían entre las decenas de miles cuyos manuscritos acumulan polvo en los despachos de agentes y editores, antes de acabar inmolados en el destructor de documentos; y no, desde luego no se contarían entre los cientos de miles de óperas primas que amarillean en un anaquel o un cajón, celosamente guardadas por sus autores a la espera de que la segunda obra —o la tercera, o la cuarta— tenga éxito y les propicie una nueva oportunidad.

Rotundamente no. Nosotros íbamos a escribir —cada uno la suya, cada uno a su manera— LA NOVELA; así, con mayúsculas. Aquella que nos catapultaría a lo más alto del firmamento literario.

La obra cuya maestría, por encima de críticas, tertulias y premios, rendiría a críticos, tertulianos y jurados. Nosotros íbamos a ser los Dickens, los Zola, los Dostoyevski —los Tolstoi— del siglo XXI; íbamos a eclipsar a Miller, a Márquez, a Hesse; íbamos a codearnos, en fin, en el parnaso de los inmortales con Blasco Ibáñez, con Benavente y con Jiménez, nuestro querido Juan Ramón. Y si habíamos de marcar tal hito de la literatura contemporánea, ¿para qué perder el tiempo asistiendo a las tediosas clases de la Facultad de Letras?

No se sorprendan, o al menos no juzguen a la ligera. Piénsenlo bien: cinco años en el limbo y un cinco pelado en la PAU. Con ese bagaje en el bolsillo, ¿por qué iba yo a trasladarme al carísimo, incómodo y esquizofrénico Madrid para algo tan poco exclusivo como estudiar Lengua y Literatura? Al fin y al cabo, tal empresa podía realizarse de forma muy ventajosa, tanto en comodidad como en coste, en cualquier provincia española, incluida la mía.

Pues bien, la respuesta estaba en un lugar concreto de mi mente. En ese gran vacío, que a veces me hacía derramar lágrimas de impotencia, donde había algo grabado con tinta indeleble, pero invisible, que me empujaba a emborronar cuartillas de modo compulsivo. *Tenía* que escribir. Puede que el motivo se hubiese perdido para siempre en ese formateo salvaje de mi disco duro que supuso el accidente, pero *sabía* que *tenía* que hacerlo, que eso llenaría gran parte de la nebulosa en que se había convertido mi vida. Que volvería a darle sentido. E intuía que escribir en serio, lo que se dice *escribir*, era algo que jamás iba a lograr mientras no me desembarazase de la agobiante protección familiar; que, si nunca fue laxa, tras el accidente alcanzó cotas exasperantes. Y qué mejor para ello que buscar el renacer de mis sentidos en un ambiente mundano y cosmopolita, lo más lejos posible del pueblerino en que me había criado. Discutí el asunto con mis padres un par de veces, e infinidad de ellas conmigo mismo; y siempre los pros y los contras inclinaron la balanza del mismo lado: si quería imbuirme de la más rancia tradición literaria, a la vez que de las más modernas tendencias, y descartada Barcelona por la cuestión idiomática, que solo podía aportarme más confusión, entonces no quedaba sino Madrid. Además, llevaba toda la vida —la que recordaba, al menos— escuchando a mi padre batallitas nostálgicas de cuando él estudiaba Arquitectura en el Foro, por lo que supongo que la elección tuvo, así mismo,

algo de sentimental.

Aunque, ahora que lo miro con perspectiva, es posible que matricularme en la *Juanrra* no tuviese tanto que ver con todo lo anterior como con el destino, que en su maligna tendencia a complicar las cosas habría determinado que debía volver a encontrarme con Katia.

* * *

Me lo dijo Carlos, un día desabrido de mediados de octubre.

—Deberías asistir al Taller de Novela de Katia Méndez. Comienza en un par de semanas.

En aquellos momentos caía una lluvia inmisericorde que nos había obligado a refugiarnos en los soportales de la cafetería, donde podíamos seguir fumando. Se había convertido en una costumbre: durante la hora de Gramática española, la asignatura más peñazo de todo primero y que, a este paso, ni mi amigo ni yo aprobaríamos nunca, nos dedicábamos a intercambiar puntos de vista sobre la cuestión de escribir.

—¿Katia Méndez? —me sorprendí—. ¿La de los *best sellers*?

Carlos dio una profunda calada a su cigarrillo y se encogió de hombros.

—¿Por qué no? Está buenísima.

Lo miré incrédulo, como si aquella proposición de mi compañero traicionase la meta que nos habíamos autoimpuesto. Con su literatura fácil, sin más pretensión que agradar al gran público, Katia Méndez no parecía el modelo a seguir para alcanzar el parnaso.

—¿Eso es todo?... ¿Quieres que asista a un taller nada más que porque la profesora está buena?

Con el cigarrillo colgando de los labios, Carlos intentaba adoptar una pose a lo Humphrey Bogart que casi resultaba cómica, habida cuenta de su aspecto agitanado. Exhaló una nueva nube de humo antes de responder con otra pregunta.

—¿La has leído?

Desvié la mirada. No recordaba haber leído nada de la Méndez, pero no quise reconocer que la había menospreciado sin conocimiento de causa.

—No mucho, la verdad —mentí, para luego tratar de justifi-

carne—: ya sabes que leo autores preferentemente muertos. Pero he hojeado sus novelas, y no me parece que...

Carlos me interrumpió con vehemencia.

—No desdeñes su obra sólo por el hecho de que haya vendido millones de libros. En realidad, Katia Méndez tiene un gran mérito: es capaz de arrasar en cualquier género que se proponga; una especie de Kubrick de la novela. Y es muy buena explicando cómo lo logra.

—Por lo que veo, tú ya has participado en alguno de esos talleres.

—Pues sí, el año pasado; y me resolvió muchas dudas sobre cómo enfocar la trama, los personajes, los diálogos... Vamos, que me fue muy bien.

Asentí. Sabía que Carlos me llevaba ventaja: su manuscrito estaba muy avanzado, casi en el desenlace, mientras que el mío apenas pasaba de un puñado de cuartillas emborronadas en las que ni siquiera había llegado a cuajar un planteamiento satisfactorio.

Como si fuera una premonición del largo invierno que me esperaba en Madrid, una ráfaga de viento frío de la sierra me obligó a subirme las solapas de la cazadora. A Carlos, en cambio, aquella rasca parecía no afectarle, pese a andar en camiseta de manga corta. También en eso me dio envidia mi amigo.

—Está bien, me lo pensaré —prometí—. ¿Vamos adentro?

* * *

Para finales de octubre, mi vida había quedado organizada de forma un tanto caótica, aunque estable. Caóticamente estable, que podría decirse si eso tuviera sentido. El caso es que me levantaba lo suficientemente tarde como para no llegar a la Facultad antes de segunda o tercera hora. Al resto de las clases asistía cuando no me quedaba en la cafetería, charlando con Carlos y otros colegas suyos de los cursos superiores. Luego comíamos con Cristina, que jamás se saltaba una clase, y, tras el café, ella regresaba al aula y nosotros echábamos una partidita de tute o de dominó, tras la cual yo regresaba a la pensión con un ansia tremenda por retomar la escritura. Los más de los días me daban las tres o las cuatro de la mañana buscando documentación en Internet, emborronando folios — que, por lo general, iban a parar a la papelera— y pasando a limpio

las pocas ideas que consideraba válidas, con lo que a la mañana siguiente se repetía la espiral de desorden: llegada tardía a la Facultad, etcétera, etcétera.

Un lunes aparecí por el campus más tarde de lo acostumbrado y de muy mala gaita, tras haber pasado el fin de semana encerrado en mi cuarto. Tan obsesionado estaba con dar sustancia a la trama de mi novela que ni había tocado los trabajos —uno sobre el *Libro de buen amor* y otro sobre lenguajes primitivos— que debía entregar en breve. Y lo peor de todo era que tampoco había avanzado gran cosa en lo mío. Ni siquiera, y esto era más preocupante todavía, había salido a tomar unas cervezas con Carlos, quien también se hallaba enfrascado en su manuscrito.

Ese día tocaba cambiar de rutina: el Taller de Novela se iba a desarrollar los lunes por la tarde, y tras la comida me dirigí al aula correspondiente. Aquello me animó un poco, pues no me encontraba con ganas de regresar a la pensión. Sentía que estaba atascado, que necesitaba un revulsivo; y tenía, además, curiosidad por conocer en persona a Katia Méndez. No tanto por la fama de buenorra que la precedía —algo fácil de contrastar en las contraportadas de sus libros—, sino por comprobar si, tal como Carlos afirmaba, el fenómeno editorial de los últimos años tenía algo que aportar a mi escasez de ideas.

Después de que mi amigo me hablase de sus talleres, me había tomado la molestia de averiguar algo sobre la Méndez. Puede que a ustedes les sorprenda mi ignorancia, pero pónganse en mi lugar: durante los cinco últimos años no había leído gran cosa, sumido como estaba en un mundo de claroscuros y pendiente de cuestiones tan básicas como recuperar mi identidad, por no mencionar la rehabilitación física y mental tras el coma. Pues bien, Katia Méndez había publicado su primer libro diez meses después de mi accidente, y otros tres hasta el día de hoy, a un ritmo imposible de casi uno anual. Si el primero —una novela histórica titulada *Ekecheiria*, ambientada en las Olimpiadas de la antigua Grecia— había sido todo un *best seller*, la cosa había ido *in crescendo* de tal modo que el último —una comedia romántica titulada *Apártate de mi vista*, que llevaba seis meses escasos en las librerías— seguía rompiendo, semana a semana, todos los récords de venta. En medio había ganado dos galardones considerados como los más prestigio-

sos del país en sus respectivos géneros: el Sonrisa Triste con una extraña novela de humor negro, *Konfusión*; y el Café Negresco con un deslumbrante *thriller* psicológico, *Maldita pena*. Yo, que no había leído ninguna de sus obras, me determiné a poner remedio a tamaña laguna, así que un ejemplar de bolsillo de *Konfusión* ya ocupaba un lugar privilegiado en mi mesita de noche. La prosa, por lo leído, parecía más que correcta —mucho más, quiero decir—; y el planteamiento, inteligente. Sin duda, Carlos estaba en lo cierto: su autora tenía todas las trazas de ser un ejemplo a seguir.

A pesar de mis buenos propósitos, me las arreglé para llegar tarde a mi primera cita con Katia Méndez. La escritora ya había comenzado su charla cuando asomé la nariz por el fondo del aula, tan pequeña que solo quedaban dos o tres huecos delante. No quería dar la nota desde el primer día, así que aproveché que ella escribía algo en el encerado para tratar de ganar la primera fila sin llamar su atención. Cuando, ya sentado, creí haberlo conseguido, el tablero abatible se me escurrió de las manos e hizo tope con un ruido infernal.

La escritora se volvió en un acto reflejo. Pensé que me lanzaría una mirada reprobadora, pero le salió más bien indulgente. Durante una fracción de segundo, sin embargo, tuve la impresión de que su expresión se tornaba en sorpresa, casi en incredulidad, para acto seguido recuperar una sonriente compostura. Ignoro si alguno más de los compañeros se percató de aquella transfiguración momentánea, pero yo no conseguí quitármela de la cabeza en toda la clase. Ella, en cambio, retomando su introducción como si nada hubiera pasado, completó lo que estaba escribiendo en el encerado:

1 - Satisfacción personal de contar una historia que llevo dentro.

2 - Hacerme famoso y, a ser posible, rico, muy rico.

—Bien —dijo—. Estos son los motivos principales por los que uno suele querer escribir una novela.

Surgió un murmullo irónico cuando la gente asimiló las dos frases. Ella lo atajó con seguridad.

—No os engañéis: ambos son perfectamente legítimos. Vamos a suponer que todos vosotros asistís a este taller porque estáis

escribiendo una novela o tenéis intención de hacerlo, así que hagamos un pequeño test: ¿a cuántos de vosotros os mueve la primera razón?

Un nutrido grupo de alumnos levantó el brazo. Katia Méndez los contó cuidadosamente.

—Quince. Bien... Un motivo loable, el de demostrarse a uno mismo que es capaz de escribir. ¿Cuántos, entonces, estáis por el segundo?

Apenas unos pocos levantaron la mano entre las risitas apagadas de los demás. Fiel a mí mismo —el parnaso, la gloria y todo eso—, yo también lo hice.

—Cuatro. Vaya, qué interesante. Veréis: en mi humilde experiencia, esto significa que los primeros quince os engañáis a vosotros mismos. —Se escuchó un rumor de tímidas protestas—. Sí, sí, no me miréis así. A poco que hagáis un ejercicio de sinceridad, me daréis la razón. La mayoría de vosotros, por no decir *todos*, queréis haceros ricos y famosos; pero claro, eso es algo que cuesta admitir. Pues bien, engañaros a vosotros mismos en este tema es un grave error, porque os arriesgáis a tomar decisiones equivocadas...

Yo, que no podía sino estar de acuerdo con Katia, dediqué el resto de la hora a observarla, más que a escucharla. Si *Konfusión* me gustaba, su autora me tenía fascinado. Hechizado, sería la palabra exacta. Katia Méndez era fantástica: dejando aparte su innegable atractivo físico, resultaba simpática, amigable, extrovertida y una gran comunicadora. Sabía hablar y convencer: al poco tiempo había logrado que hasta los más reacios admitiesen que lo que verdaderamente les ponía era el punto dos.

—... En el primer caso —proseguía ella—, el abanico es mucho más amplio, casi ilimitado. Escribiréis lo que os pida el cuerpo, lo que os venga en mente y lo que dé de sí vuestro intelecto; y seréis los únicos críticos de vosotros mismos. Lo cual, por cierto, ya veis qué trampa tiene: la de ser juez y parte. Ahora bien, en el segundo caso... ¡Ah, la fama, el éxito, el dinero! Eso ya es harina de otro costal. Para empezar, olvidaos de la poesía y de la dramaturgia. Son dos géneros proscritos: casi nadie los lee, ergo casi nadie los compra, ergo difícilmente dan fama y, en ningún caso, dinero. A menos, claro, que tengáis una fe desmesurada en vosotros mismos y estéis dispuestos a aguardar a que os caiga el Cervantes o el Nobel cuando seáis septuagenarios, ¡ja, ja!...

Las risas generalizadas indicaron que no era esa la tónica general del grupo. Yo notaba que, de vez en cuando, los ojos de Katia se desviaban hacia mí. Aunque eso podía deberse simplemente al hecho de que ella no olvidase mi pequeño numerito del principio, yo no podía dejar de recordar esa primera, fugaz mirada que me había dirigido.

—... También deberéis olvidaros del ensayo, a menos que seáis capaces de escribir en tres meses la biografía de algún personaje mediático. En definitiva, el camino del éxito literario está, hoy por hoy, restringido a la novela de género: de suspense, policíaca, romántica y, cada vez con más fuerza, histórica.

—¿Y la novela erótica? —se interesó un alumno de la última fila.

La escritora se sonrió, como si aquella fuese una pregunta esperada.

—El sexo es un ingrediente interesante, pero no constituye por sí solo un género *best seller*. El público difícilmente admitirá que le interesa una novela erótica, pero dadle una negra o una rosa cargadas de sexo y la devorará.

—¿Y las de terror?

—¿Y las fantásticas?

Los alumnos parecían animarse. Katia Méndez hizo un gesto con ambas manos para rogar calma.

—Hablaremos de todos los géneros, no os preocupéis; tenemos mucho tiempo por delante. Por supuesto que es posible triunfar especializándose en novelas eróticas, de terror o fantásticas; ahí tenéis, sin ir más lejos, a Erika James, Stephen King o George Martin. Pero esto me lleva a una cosa importante que quiero dejar clara desde hoy: la literatura no es una ciencia exacta; escribir novelas, como parte de ella que es, tampoco. Aquí no hay fórmulas ni teoremas. No hay dogmas. Cualquier consejo que yo pueda daros os sugeriré de inmediato, probablemente, un contraejemplo. No habrá regla de manual a la que no encontréis excepciones que triunfaron precisamente por eso, porque lo fueron. En ello reside, precisamente, la grandeza de la literatura. Si os salís de la norma, preguntaos si lo vuestro es en verdad excepcional; y si estáis convencidos de que la respuesta es afirmativa, entonces adelante, trabajad duro. Y por último, como excepción a la regla de que no hay regla sin excepción —Katia se sonrió de su propio trabalen-

guas—, existe una única norma universal, inmutable, que no admite excepciones: para escribir un libro de éxito hay que tener una buena historia que contar, y hay que hacerlo bien.

La escritora hizo una pausa, durante la que miró a todos y cada uno de los asistentes hasta convencerse de que sus palabras habían sido bien asimiladas.

—Pues bien —prosiguió al fin—, en este taller vamos a dedicarnos durante seis meses a desentrañar las claves de esta regla básica. Así que ahí tenéis vuestros primeros deberes: traed el próximo lunes una breve sinopsis, no más de una página, de lo que quiera que tengáis en mente. Nos servirá para abordar la primera cuestión: cómo debe ser una buena historia. No os preocupéis, no tiene que ser nada del otro mundo; simplemente os servirá para aplicar las técnicas que estudiemos.

Katia Méndez dio la sesión por finalizada. Media docena de alumnos se levantaron precipitadamente con intención de acercarse a la tarima, pero ella los contuvo alzando las palmas.

—Disculpad, pero hoy debo irme enseguida. Vosotros reflexionad sobre lo dicho, y el próximo lunes comenzaremos debatiendo todas vuestras dudas.

Resignados, los alumnos volvieron a sus pupitres para recoger sus cosas. Yo ya tenía la mochila al hombro cuando la escritora, con un listado en la mano que supuse era el de inscritos en el taller, pronunció mi nombre.

—Francisco Pereda —dijo, mirándome a la cara—. ¿Puedes quedarte un minuto? Para ti sí lo tengo.

Cogido por sorpresa, asentí con una mezcla de confusión y complacencia. Mis compañeros me miraron con curiosidad, con envidia incluso, mientras desfilaban hacia el pasillo. Observé cómo Katia Méndez introducía sus papeles en el portafolios con parsimonia, como si estuviese haciendo tiempo. Solo cuando nos hubimos quedado a solas se acercó a mí, probablemente para amonestarme por mi impuntualidad.

—¿No me recuerdas? —preguntó, en cambio. En sus ojos de aspecto gatuno, sabiamente realzado con una discreta combinación de lápiz y sombra, percibí cierta cautela.

Lo de no recordar a alguien me ocurre a menudo, claro; sobre todo en Almoraima, donde todo el mundo me conoce. Pero nunca hasta entonces me había sucedido en Madrid. Y no, desde

luego, con alguien como Katia Méndez. Entiéndanme: simpática, atractiva, famosa, rica..., y escritora. Un sueño de mujer. Naturalmente, traté de sondear en lo más recóndito de mi mente en busca de algo parecido a aquel rostro de extraña belleza —madre cubana, padre ucraniano, constaba en su blog—; pero ni siquiera crucé el umbral de la nebulosa.

—¿Debería? —respondí, desconcertado.

Ella frunció el ceño. Sin duda no estaba acostumbrada a pasar desapercibida.

—Yo fui tu profesora de Lengua en bachillerato. Yo... supe que habías tenido un accidente poco antes de fin de curso, en segundo. Ya no viniste más a clase, ni te presentaste a los exámenes globales.

¡Qué fuerte! La Méndez, profesora mía. Maldije como nunca la desgracia que me había robado aquella época de mi vida.

—¿Usted?... ¿Mi... profesora? —balbucí, confuso—. Yo... Siento no acordarme, señorita Méndez, pero es que no recuerdo nada de aquella época. Sufrí un grave trauma, supongo que lo sabrá. Estuve meses en coma, y luego... Padezco amnesia: no recuerdo absolutamente nada de entonces.

La escritora suspiró. En aquel instante no tuve claro si el suspiro expresaba alivio o pesar, pero lo cierto es que su semblante se tornó de lo más amigable; y su voz, más acariciadora, si es que ello era posible.

—Vaya, cuánto lo siento —dijo—. Eras un alumno aventajado, espero que eso sí lo sepas. Yo tuve que ausentarme a los pocos días de tu accidente, justo antes de los exámenes, por enfermedad de mi madre. Marga Regueiros me sustituyó. Supongo que a ella sí la recuerdas.

—¡Uf, vaya que sí! —exclamé—. La profesora Regueiros me ayudó a preparar la Selectividad durante el curso pasado, con cinco años de retraso.

Katia Méndez sonrió. Parecía menos tensa, ahora que había relajado el entrecejo. Yo concluí que los suaves pliegues que danzaban junto a las comisuras de sus labios carnosos incrementaban su belleza: le daban un aire de plenitud, un toque de madurez del que yo, sin duda, carecía. Una inconfesable fantasía cruzó por mi mente. Tuve que hacer un esfuerzo para no distraerme.

—... Que conste —decía ella en ese momento— que le re-

comendé vivamente a Marga que te pusiese un diez si salías de aquella, ¡ja, ja!... En fin, el caso es que no tuve ocasión de volver a Almoraima más que para recoger mis cosas. Mi madre murió durante ese mes de junio, y yo tuve que viajar a Cuba tras el funeral para resolver una infinidad de cuestiones familiares y burocráticas. A mi regreso no me reincorporé a la plaza. Pedí una excedencia y me quedé aquí, en Madrid, para dedicarme a escribir. Luego vino el éxito de *Ekecheiria*: la locura y el caos se desataron en mi vida. Y desde entonces, ya lo ves, vivo dedicada en cuerpo y alma a mis novelas.

—Y a impartir talleres sobre escritura —añadí.

—Bueno, sí; y a participar en mesas redondas, presentaciones de libros, jurados de concursos... —Katia Méndez hizo un gesto desdeñoso—. Con todo el tiempo que pierdo en esas cosas podría haber escrito un buen libro más. Pero bueno, me quejo con la boca chica, la verdad. Todo ello forma parte del negocio y, además, lo pagan bien.

»Pero hálame de ti. No te imaginas cuánto me alegro de verte entero. Durante los días que siguieron a tu accidente no se hablaba de otra cosa en Almoraima: tus heridas, el golpe en la cabeza... Se decía que no durarías mucho; lo sabes, ¿verdad? Por eso me ha impresionado tanto verte aquí. ¿Te has matriculado en la Facultad de Letras?

—En Lengua y Literatura españolas.

—¡Bravo! —aplaudió—. Espero que seas tan buen alumno como lo eras en bachillerato. Y lo del taller... ¿Tienes intención de escribir una novela?

Saqué pecho. Sentí que aquella podía ser la oportunidad de mi vida.

—La verdad, estoy en ello. Tengo ideas, y ya he comenzado a ponerlas en negro sobre blanco.

Katia Méndez no me defraudó.

—Estupendo. Estoy segura de que el Fran Pereda que conocí tiene aptitudes para convertirse en un gran escritor. Te seguiré de cerca —dijo, y al hacerlo apoyó el índice sobre mi pecho y compuso un mohín de fingida seriedad—, te lo prometo.

Nos despedimos hasta el lunes siguiente. Katia Méndez — en adelante, Katia a secas para mí— rechazó mi mano y me propinó dos besos en las mejillas. Luego se alejó por el pasillo, la falda de

su traje sastre oscilando coqueta por encima de sus corvas, con un firme contoneo de mujer segura de sí misma. Y yo me quedé mirándola con la boca entreabierta, sin poder dar crédito a lo que acababa de suceder.

*Continúa.
Libro completo disponible [aquí](#).*